CASA PUBLICADORA BRASILEIRA
COMENTARIO DE LA LECCIÓN

IV Trimestre de 2008
"La expiación y la cruz de Cristo"

Lección 1
(27 de Septiembre al 4 de Octubre de 2008)

La naturaleza de Dios: La base de la expiación

Pr. Joao Antonio Alves

La doctrina de la expiación presenta un misterio fundamental: sus beneficiarios no pueden comprender plenamente cómo opera. A partir de fines del siglo II, la doctrina de la expiación adquirió un lugar preponderante en la teología cristiana. Aunque los teólogos estén de acuerdo a su centralidad, hay gran diversidad de posturas respecto de su interpretación. No obstante, hay algunos aspectos son aclarados por las Escrituras, y a los cuales debemos prestar atención a fin de comprender mejor esta doctrina. En gran medida, ella determina otras doctrinas. Para muchos estudiosos, el término "expiación" describe el acto salvífico de Dios en Cristo, que concreta la reconciliación del hombre con Dios.

A pesar de la diversidad de interpretaciones, la expiación es un acto de Dios en Cristo. De esta manera, es natural volcarse a la persona de Dios a fin de iniciar el estudio de este tema de fundamental relevancia, no sólo desde el punto de vista teológico, sino también desde una perspectiva práctica. Con respecto a este último aspecto, es de mucha importancia saber que las más profundas necesidades vitales del ser humano no están relegadas a un azar ciego, o suerte, o destino, o azar. Dios asumió el "control de daños" provocados por el pecado. Por esta razón, a pesar de todo, podemos vivir con fe, esperanza y amor, en vez de sumergirnos en la ansiedad, el temor o la desesperación. El futuro se nos presenta fulgurante, a pesar de las tinieblas que insisten en ocupar el horizonte de la existencia humana.

¿Qué Dios es éste que se involucra en la mayor operación de rescate del Universo? ¿Qué atributos posee que lo habilitan para tal misión? Algunos de los aspectos relacionados con este Dios, el Dios revelado en las Escrituras, son analizados en esta primera lección. Otros aspectos del programa divino para la salvación del ser humano serán considerados en lecciones posteriores.

Dios eterno

Las Escrituras declaran la existencia de Dios desde "el principio" (Génesis 1:1). No buscan "probar" esa existencia. Tan solo la declaran. Simplemente así. Al mismo tiempo, una declaración tan sencilla provoca discusiones interminables, no porque la afirmación no pueda ser comprendida, aún en una lectura superficial, sino porque provoca en la mente humana interrogantes derivados de su comprensión de los procesos que permiten el surgimiento y el sustento de la vida en este mundo.

Los seres finitos, al encarar lo infinito, muchas veces procurando ofrecer una explicación a los misterios que rodean a la Divinidad, naturalmente tropiezan con su propia finitud, llevando a algunos a resbalar hacia la incredulidad y el rechazo de las simples afirmaciones bíblicas. Si Dios estaba “en el principio”, ¿qué hubo antes de Él? Esta es una pregunta que, desde la perspectiva de la revelación, es una falacia, porque daría la impresión de que alguna “cosa” podría existir antes que Dios. En verdad, no hay un “antes” de Dios. Dios es; y de Él todas las cosas derivan su existencia.

Dios es eterno. Pero ¿qué significa “eterno” o “eternidad”? Los vocablos originales son, en hebreo *olam*, y en griego *aion*. La expresión en sí misma apunta simplemente a la *duración* de alguna cosa. El significado depende del objeto al cual está vinculada la palabra. En los seres humanos, su duración está limitada al tiempo de vida de alguien (Deuteronomio 15:17); si la referencia es a los montes eternos (Génesis 49:26), entonces su duración está limitada a los aspectos geológicos involucrados o a cualquier alteración en la corteza terrestre. Por otro lado, cuando la Biblia aplica el término a Dios, su significado debe ser comprendido en su sentido absoluto. Aquí surge el problema para los seres humanos, que razonamos sólo en términos de principio y final, y así no comprender esta auto-existencia absoluta de Dios, que no tiene principio ni fin.

Hay una observación adicional que podríamos formular con respecto a la relación entre tiempo y eternidad. Generalmente, influidos por la filosofía griega, interpretamos los conceptos de tiempo y eternidad como cualitativamente diferentes o existiendo en diferentes dimensiones. Hay un dicho popular que ejemplifica lo que acabamos de mencionar: “Dios está en el tiempo, pero el tiempo no está en Dios”. De esta manera, la eternidad es considerada como la ausencia total de tiempo. La implicancia de esto es que la eternidad de Dios lo mantendría apartado de cualquier evento temporal o histórico.

Sin embargo, las referencias bíblicas a la eternidad de Dios evidencian que ésta se encuentra vinculada a un evento temporal. Esto no significa que la Biblia identifica a la eternidad con el tiempo experimentado por el ser humano. Simplemente significa que la eternidad de Dios no es ajena a nuestro tiempo, aún cuando sea cualitativamente diferente. Aunque debamos ser cautelosos en este tema, pareciera plausible la definición de que la eternidad es una experiencia divina que involucra el *tiempo infinito*, en relación al pasado, y el *tiempo infinito* en relación al futuro.

Habiendo definido de esta manera este asunto, comprendemos mejor el hecho de que “cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo” (Gálatas 4:4), un acto histórico y temporal de la Divinidad, en su misión redentora, para rescatar al hombre de sus pecados y ofrecerle una perspectiva de vida, ya no limitada a lo que hoy conocemos, sino una vida sin restricciones, sin final. Un Dios eterno ofreciendo vida eterna.

Un Dios amante

La comprensión del amor de Dios no puede surgir partiendo de una evaluación de nuestros propios sentimientos o experiencias. Por ser Dios trascendente, la única manera de alcanzar un conocimiento apenas mínimo de lo divino es a través de su auto-

revelación en las Escrituras, de modo general, y en la vida y experiencia de Jesús, en modo particular.

Al verificar el texto sagrado, encontramos que éste revela un "Dios de amor" (2 Corintios 13:11) y "el amor de Dios" (2 Corintios 13:14), debido a su creación. La Divinidad (1 Juan 3:1; Efesios 3:19; Romanos 15:30) expresa su amor por la humanidad de variadas maneras pero, de manera notable, por engendrar y poner en operación el maravilloso y complejo plan de salvación.

Al definir a Dios como "amor" (1 Juan 4:8), la Biblia presenta claramente la realidad de que Dios se relaciona con sus criaturas. Pero la relación originalmente pretendida por Dios fue interrumpida por un elemento extraño que se introdujo en esa relación. Este elemento se define en la Biblia como "pecado". De acuerdo con Isaías 59:1, 2, uno de los resultados del pecado es la separación entre la criatura y el Creador. El amor, no obstante, no se conforma con la separación. De allí la manifestación del amor, en la vida y la obra de Jesucristo, para poner fin a la enemistad iniciada por el pecado y así restaurar la relación quebrantada.

El amor divino se reveló en la encarnación de Jesús y en su muerte expiatoria. En las palabras del apóstol, "Dios muestra su amor hacia nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos 5:8). Somos totalmente indignos de ese amor, que fluye de su propia esencia, su propio Ser. El no nos ama por causa de esto o de aquello. Por el contrario, Él nos ama a pesar de que seamos pecadores e indignos. Por lo tanto no debiera impresionarnos que los escritores bíblicos manifestaran su espanto por semejante evidencia de amor. Ese amor llevó al Padre a entregar su único Hijo (Juan 3:16), en un acto extremo de auto-negación a favor de otro, en este caso, la humanidad, no importando la condición de nadie, aún la de aquellos que, a juicio del hombre, son indignos de cualquier manifestación de amor.

En Mateo 5:48 encontramos una frase de Jesús que, analizada de manera desasociada de su contexto, puede llevar a conclusiones equivocadas. La perfección aquí requerida de los seguidores de Cristo, según el contexto, es la manifestación del amor hacia los semejantes. Jesús también dijo que el amor identifica a sus verdaderos discípulos: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros" (Juan 13:35). Debemos evaluar nuestra postura como creyentes teniendo en cuenta la manera en cómo expresamos el amor hacia nuestro prójimo.

Dios como Creador

No hay duda alguna: Dios es el Creador. Desde el Génesis (capítulo 1 y 2) hasta el Apocalipsis (capítulo 14:7), las Escrituras enseñan que Dios es el Creador de los cielos y la tierra. Dios es vida, y todo lo que existe en el universo deriva, en su existencia, de Dios. La creación se da por la voluntad y la sabiduría divinas, independientemente de cualquier principio ajeno a Dios, como materia o energía física. Esto contradice frontalmente el modelo evolucionista, que defiende la idea de un surgimiento accidental, en primer lugar de las cosas inanimadas, seguidas por las animadas, incluyendo al ser humano. Así todos nos volvemos obra de una casualidad, un accidente cósmico.

Desde una perspectiva totalmente distinta, la Biblia afirma la dignidad del ser humano como la obra de un Dios amoroso y eterno, lo que le confiere a cada individuo el sen-

timiento de pertenecer a Alguien que deseó su existencia. Somos criaturas de un Dios que nos ama.

Desde el punto de vista bíblico, el mundo fue creador por la “palabra de Dios” (Hebreos 11:3). Dios habló y todo surgió (Génesis 1). Dios dio la orden “Haya…”, y hubo. Su Palabra tiene poder. Cuando Dios habla, siempre sucede algo. A diferencia de los seres humanos, que hablan mucho, reflexionan poco, y realizan menos.

No debemos confundir a Dios, el Creador, con la naturaleza. El mundo creado es una realidad diferente a Dios, existe aparte de Dios. Con esto rechazamos las ideas panteístas que afirman que Dios es el universo. Para un panteísta, no hay creador más allá del universo. Según esto, el creador y la creación son dos maneras diferentes de ver una misma realidad. Dios sería el universo y el universo sería el dios. En otras palabras, habría sólo una realidad.

De igual manera, la concepción de Dios como diferente a la creación lleva al rechazo del panenteísmo, o sea, de que Dios está en el universo, así como la mente está en el cuerpo. El universo sería el cuerpo de Dios. Además del universo físico, otro polo para Dios sería su eterno e infinito potencial además del universo físico real. Tales ideas son rechazadas por el testimonio bíblico.

El poder creador de Dios también se ha revelado, de manera especial, luego de la entrada del pecado en el mundo. Se necesita un poder externo al propio hombre para transformar a los pecadores y recrearlos según la imagen de Dios (2 Corintios 5:17; Gálatas 6:15; Efesios 4:24). En Génesis 1:1 el verbo utilizado para la creación realizada por Dios es *bara*, expresión utilizada en las Escrituras únicamente en relación a Dios. Por esta razón, en el Salmo 51, cuando David le pide a Dios un nuevo corazón, utiliza ese mismo verbo: “Crea [*bara*] en mí, oh Dios, un corazón limpio…”. Dios puede recrear el hombre por su poder. Tal como lo dice la Lección, “la expiación es la solución divina para el problema del pecado dentro de su creación. En lugar de dejarnos cosechar la recompensa final del pecado y la rebelión, que es la muerte eterna, Él estableció el plan de salvación” [Guía de estudio de la Biblia, ed. para Maestros, p. 8]. Si en el principio, Dios creó por su Palabra, ahora –en este momento de la historia de la salvación– Dios recrea por su Palabra encarnada, o sea Jesús (Juan 1:1, 12, 14).

Finalmente, la Biblia nos presenta a un Dios Amoroso, Eterno, Creador y Salvador, que culminará su obra a favor de la humanidad creando “nuevos cielos y nueva tierra” (Isaías 65:17; Apocalipsis 21:1-5), el cual será el hogar eterno de aquellos que voluntariamente permitan que Dios, utilizando su maravilloso poder, los recree según su imagen.

Un Dios Santo

En el Antiguo Testamento, Dios es Santo por excelencia. Es alabado por su santidad (Éxodo 15:11). Los Salmos e Isaías frecuentemente hacen referencia a Dios como el Santo (Isaías 1:4; 5:19; Salmo 99). En la visión de Isaías, los ángeles cantan a Dios como “Santo, Santo, Santo” (Isaías 6:3). En el Nuevo Testamento, Jesús se dirige a Dios como “Padre Santo” (Juan 17:11); en la oración del Señor encontramos la petición “santificado sea tu Nombre); y, en el Apocalipsis, se repite la triple invocación “Santo” de Isaías (cf. Apocalipsis 4:6-10). La idea básica de la santidad es la diferen-

cia. Dios es diferente de los seres humanos. Por esta razón, somos llevados a adorarlo. Si Él fuera sólo un ser humano exaltado, no podríamos alabarlo.

Surge una pregunta: Si Dios es plenamente santo, ¿cómo podemos nosotros, pecadores, relacionarnos con Él? ¿Qué pensamientos surgen en nuestra mente al ser confrontados con la idea de que servimos a un Dios Santo? Los siervos de Dios del pasado, a quienes les fue dado el privilegio de contemplar las glorias celestiales, se sintieron indignos (por ejemplo, Isaías). Daniel y Juan se quedaron sin fuerzas. ¿Cómo es posible que los seres humanos se unan algún día a los santos ángeles en la adoración a Dios? El propio Dios provee una solución para este dilema. En Jesucristo, es ofrecida la santificación para todo aquél que la desee. Esto posibilita la adoración en este mundo y en la vida por venir.

La santidad de Dios lo lleva a reaccionar contra el pecado, mientras que su amor por los pecadores lo impele a una búsqueda de solución para el problema causado por el pecado. El resultado de esto es el proceso de expiación-propiciación. Dios es Santo. El pecador no puede sobrevivir ante la vista de un Dios así. Cristo sufrió y murió en lugar del pecador para así satisfacer "el requisito de la Ley" (Romanos 8:4), quitando así el obstáculo para que se le concediera perdón al culpable. La santidad de Dios exigía que la penalidad del pecado fuera ejecutada. El amor lo llevó a Dios a tomar sobre sí mismo esa penalidad. Así lo afirma el apóstol Pablo: "Dios…nos reconcilió consigo por medio de Cristo… Porque Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Corintios 5:18, 19). De esta manera, el perdón y la salvación eterna fueron ofrecidos "a todo aquél que en Él crea" (Juan 3:16). Así se traspone el abismo introducido por el pecado, y la relación quebrantada entre Dios y el hombre puede ser restaurada. La santidad de Dios exigía la muerte del pecador; Jesucristo, "al que no tenía pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros" (2 Corintios 5:21), "murió por nosotros" (Romanos 5:8) y así fuimos "reconciliados por Dios por la muerte su Hijo" (Romanos 5:10). En la cruz se manifiesta de manera inequívoca la santidad del amor de Dios y es donde el amor del Santo Dios se revela. Es en la cruz donde la justicia y la misericordia se encuentran. En las palabras de Juan, "en esto consiste el amor. No en que nosotros hayamos amado a Dios, sin o en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo como expiación por nuestros pecados" (1 Juan 4:10). Es en la cruz donde se revela maravillosamente el inaudito amor de Dios por los pecadores, en el que Él mismo provee el Don del cielo, que cancela la culpa del pecador y lo convierte al indigno en heredero con Cristo de los dones celestiales.

Un Dios Omnisapiente

La Omnisciencia de Dios es afirmada inequívocamente por Juan: El "conoce todas las cosas" (1 Juan 3:20). Del mismo modo, el apóstol Pablo afirma que "ninguna cosa creada escapa a la vista de Dios. Todo está descubierto y expuesto a los ojos de Aquél a quien hemos de rendir cuenta" (Hebreos 4:13, NVI). La omnisciencia de Dios incluye el mundo (Juan 38:33; Génesis 1:31), así como los seres humanos y sus actos libres (Salmo 44:21; 139:1-5; Mateo 6:8, 32).

La presciencia divina también es afirmada claramente en las Escrituras (Isaías 46:9, 10; cf. 42:12-24; 44:6-8). De esta manera, la omnisciencia divina no sólo incluye el pasado y el presente, sino también el futuro, ya sea que ese futuro involucre los actos de Dios, como también el de las elecciones libres del hombre. Así, rechazamos el

concepto de que el futuro está abierto (enunciado por la teología del proceso), según el cual el resultado puede ser diferente de aquél que es afirmado en las Escrituras, o sea la victoria del Cordero y de aquellos que se hallen con Él (Apocalipsis 17:14). La forma de este conocimiento de Dios, sin embargo, pertenece a un nivel propio de la naturaleza divina.

¿Cuál es la relación de la Omnisapiencia de Dios con la doctrina de la expiación? Es importante mantener en mente que la expiación no fue una especie de "plan B" elaborado a partir de un imprevisto en el programa original de Dios. Siendo que Dios sabe todo, el pecado no fue algo que lo tomó de sorpresa. El plan divino para lidiar con el problema del pecado fue formulado antes de su aparición en la tierra, y está arraigado en el amor eterno de Dios por la humanidad (Jeremías 31:3). Antes de crear a cualquier criatura, Dios se preparó para enfrentar y derrotar al pecado y sus consecuencias. ¿Y cómo lo lograría? Jesucristo, que es Dios Eterno, se encarnaría para vivir y para morir por el ser humano y así poder solucionar el problema causado por el pecado. En las palabras registradas por el profeta de Patmos, Él es "el Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo" (Apocalipsis 13:8).

Dios se arriesgó por la humanidad. Teniendo en vista la muerte de su propio Hijo, aún así Él resolvió llevar adelante sus planes en relación a la humanidad. Como ser Omnisapiente, supo cómo evaluar la dimensión de la tragedia. Pero su amor no conoce límites. Por esta razón, cada uno de nosotros puede mirar hacia el frente lleno de confianza: hay un Dios Eterno, Creador, Santo, plenamente Amor, que puso en marcha un plan eterno para la salvación de todo aquél que crea en Jesús. Esa certeza colma el vacío de la existencia humana, elimina la culpa del pecado e ilumina el futuro con la esperanza triunfante de la eterna salvación en Cristo.

Pr. João Antonio Alves
Profesor de Teología
Instituto Adventista del Nordeste
Brasil



Traducción: *Rolando D. Chuquimia*